

Los placeres, he ahí las brillantes apariencias de nuestras voluptuosas desdichas.  
J. SELGAS.

## CUENTO HISTÓRICO.

A. CORINA.

Pues, señor, y va de cuento.  
Ah! si tu gracia divina  
Brillar pudiera en mi acento,  
Con qué sal y qué contento  
Contara el cuento, Corina!  
Pero ¿qué torpes anhelos?  
No todos tienen la sal  
Que venden esos ojuelos;  
Tú eres la luz de los cielos,  
Yo soy seco pedernal.  
Y sí, con delirio tanto,  
Quisiera igualarme á ti,  
Llorando al fin mi quebranto,  
Ni yo te alzara mi canto  
Ni tú me oyeras á mi,  
Con que mi lira confusa  
Para enlazar un apólogo,  
Llama á la señora Musa  
Que, temiendo ser difusa,  
Pone punto y fin al prólogo.

En época no lejana  
Y en una ciudad vecina  
Conoci á una ciudadana  
Más que las flores lozana,  
Llamada, cual tú, Corina.  
Diz que era niña tan bella  
Que á Venus causaba enojos;  
Mayor brillo no destella  
La más encumbrada estrella  
Que el que irradiaban sus ojos.  
Breve el pie, blanco y cintura,  
Gentil y ligero el talle,  
Y al ostentar su hermosura  
Compite su galanura  
Con la del lirio del valle.  
Tantos eran á admirarla  
Que, si por prueba de amores,  
Quisieran flores llevarla,  
No bastarían á adornarla  
Cuatro jardines de flores.  
Hubo entre ellos un poeta  
(Y aquí principia mi apuro)  
Que, perdida la chaveta,  
Mas, atento, Musa indiscreta,  
Prefiere estar á lo oscuro.

El tal poeta sentía  
Amor tanto... no, señor;  
No era amor, señora mía,  
Juro por la luz del día,  
Que era mucho más que amor.

La adoraba, y es lo extraño:  
Que hombre de pocos arrojos,  
O temiéndolo un desengaño,  
No la dijo en todo un año  
Me muero por esos ojos!

Y maldiciendo su estrella  
Pasó otro año el hombre aquel  
Amando á la niña aquella,  
El pensando siempre en ella,  
Y ella sin pensar en él.

No pudiendo más consigo,  
Y pasado todo un bienio,  
De tanta beldad testigo,  
Decía mi pobre amigo:  
"¡Malhaya el corto de genio!"

En tanto ella revestida  
De cultas adoraciones  
Pasaba alegre su vida  
Resistiendo á la embestida  
De buntro mil moscardones.

Hasta que él una mañana  
Partió á una ciudad vecina  
Con mucho de mala gana,  
Porque en ciudad no lejana  
Quedaba, ay Dios! su Corina.

Y allí rabiando moría,  
Mas, con tan negra fortuna,  
Que rabiando le veía  
El sol, cuando era de día,  
Cuando de noche, la luna.

Y la razón le sobraba  
Para rabiarse al buen hombre,  
Pues mientras tal adoraba  
La niña no se acordaba  
Ni del santo de su nombre.

— "Yaya un chasco!" me dirás.  
— Dos chascos, bella Corina,  
Ese amor de Barrabas,  
Y el de largarse á compas  
Con la música á otra esquina.

Y si hay un chasco más fuerte,  
Renuncio á lo máspreciado,  
Renuncio á poder quererte,  
O que, al hallarme la muerte,  
Me halle lejos de tu lado.

Y aquí el cuento ha concluido  
Quisiera, Corina bella,  
Ser un boquito atrevido  
Para decirte al oído  
Quién es él y quién es ella.

3845

Mas, al fin, la quisicosa  
Fuera un sí es no es indiscreta,  
Pues pienso, niña preciosa,  
Que tú conoces la hermosa.  
Si conozco yo al poeta.

PEDRO A. PÉREZ.

Valparaiso, Enero 10 de 1878.

## ANTIGUOS BENTAMISTAS.

HE aquí los principales y más interesantes detalles de un convite en casa de Léntulo, que dan una idea de la gastronomía de los antiguos romanos.

Los convites de este rico Senador tenían lugar en camas de concha, con la cabeza coronada de amaranto y purificadas las manos con agua templada que se servía en vasos de plata.

El primer plato se componía de aceitunas blancas y negras, salchichones ricamente preparados, ciruelas de Siria y granadas, espárrago, lechugas, rábanos y otras verduras; caracoles y ostras, al mismo tiempo que los esclavos servían á los convidados primorosas copas de vino de Falerno preparado con miel del Himeto. El segundo plato consistía en pichones, capones, patos, barbos, rombos, y en el centro de estos manjares colocábase una enorme liebre. El tercer plato era servido por cuatro esclavos que entraban en el comedor al són de tompas y cornetas.

El guisado principal consistía en un descomunal jabali, rodeado de ocho cochinitos; estos últimos preparados con varias clases de pastas azucaradas. De los enormes colmillos del jabali pendían elegantes ramas de palmera, llenas de dátiles de Siria. Mientras que el que hacía los honores de la mesa, vestido de gran etiqueta, portaba en pedazos metódicamente aquel enorme animal, algunos niños, elegantemente vestidos, pasaban unos las cestillas de dátiles, y otros servían á cada convidado un cochinito.

Después de esto, á una simple señal, todo desaparecía, dando lugar á servir otro plato de dimensiones colosales, en el que estaban confundidos los pavos, los faisanes, los patos y peces más raros. Terminado este servicio, que se retiraba de la mesa con una rapidez espantosa, y mientras los esclavos recogían con finísimas escobas de palmera los restos caídos en el suelo, el teatro se abría como por encanto y veíase

descender majestuosamente hasta ponerse al nivel de la mesa un gran azafate de plata y alabastro, lleno de balsámicos perfumes, y multitud de coronas de filigrana representando flores y mil objetos agradables.

Seguidamente se servían los postres, cuyo importe no bajaba de 100,000 sestercios ó sean 4,000 pesos. A más de las mil y una clase de pasteles de todas formas y gustos, aparecía sobre la mesa una infinita variedad de conlitturas, tordos rellenos de uvas y almendras y otras varias golosinas de la misma especie. En el centro estaba colocada la estatua de Vertumno, admirablemente trabajada con pastas diversas, y teniendo en su pedestal frutos exquisitos. Alrededor de la estatua había gran número de membrillos rellenos de almendras, y partidos en forma de erizos de mar, y melones cortados de cien maneras distintas. Mientras que los convidados se extasiaban á la vista de aquel genio inventivo, un esclavo les servía mondadientes de lentisco, y Léntulo les brindaba á aprovecharse de los dones de Vertumno.

## AMOR INMORTAL.

LEYENDA.

CUANDO la Muerte se presenta, todos los que la ven venir huyen espantados; y pocas son las almas generosas que le tienden los brazos para salvar la vida del amigo, que olvidará pronto su sacrificio y quizá hasta su nombre; y es notable que la mujer, ser débil y á quien se tacha de inconstante, sea la que se halla siempre pronta á dar su vida por el que mañana habrá de olvidarla; y que el hombre, tipo de constancia y de valor, que no palidece delante del enemigo en los combates, no sepa apreciar el valor del sacrificio; y á pesar de su constancia inconstante le basten unas pocas horas para olvidar á la víctima.

\*\*\*

Cierta ocasión la Muerte penetró calladamente en un salón en donde, sin duda, no esperaban su visita.

Cerca de una mesa de ajedrez, un anciano, de aspecto noble y bondadoso, meditaba en silencio su jugada; y frente á él, su compañero, jóven de tez morena, de mirada inteligente y de dulce y alegre sonrisa, parecía no tomar parte en el juego por fijar más la atención en una jó-